

Tú eres el santo de los santos; yo, la basura de los pecadores.

Tú te inclinas hacia mí que no merezco alzar los ojos a ti.

Tú vienes a mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas a este banquete. Me quieres dar el celeste alimento, me quieres dar a comer el angélico pan, ese pan que no es otra cosa que tú mismo que has bajado del cielo, y has dado vida al mundo.

4. ¡Cuánta condescendencia resplandece allá donde nace el amor! ¡Qué profundas acciones de gracias, qué alabanzas tan grandes se te deben dar por estos misterios!

¡Oh, qué saludable y útil fue tu plan de instituir estos misterios! ¡Qué dulce y alegre es este banquete en el cual te diste a ti mismo!

Señor, iqué maravillosa es tu acción, qué poderosa es tu virtud, qué inefable es tu verdad!

Cuando tú dijiste, todo quedó hecho: lo que tú mandaste, eso mismo se hizo.

5. Cosa maravillosa, pero digna de fe, no obstante superar la humana inteligencia: que tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y verdadero hombre, estás contenido bajo las apariencias de tantito pan y vino, y que el que te recibe te come sin triturarte.

Tú, Señor del universo mundo, que no necesitas de nada ni de nadie, y has querido vivir entre nosotros en este sacramento: guarda mi cuerpo y mi alma libres de toda mancha, a fin de que con mayor frecuencia pueda celebrar tus misterios con la ale-

gría de la conciencia pura, recibiendo para mi eterna salvación este sacramento que instituiste principalmente para tu honra y memoria eterna.

6. Regocíjate, alma mía; dale gracias a Dios por este don tan generoso, por este consuelo extraordinario que se te ha dejado en este valle de lágrimas.

Siempre que recuerdas este misterio y recibes el cuerpo de cristo, renuevas la obra de la redención, y te haces partícipe de todos los merecimientos de Cristo.

El amor de Cristo nunca se enfriá, y el tesoro de su expiación jamás se agota.

Por esa razón debes disponerte siempre a recibir este sacramento con la renovación continua del alma, considerando con profunda atención este salvador misterio.

Siempre que celebres misa, o la oigas, debe parecerte aquello una cosa tan grande, tan nueva y de tanta alegría, como si ese mismo día se hubiera Cristo hecho hombre, bajando al seno de la Virgen, o colgado de la cruz padeciera y muriera por la salvación de los hombres.

Capítulo III

LA COMUNION FRECUENTE ES PROVECHOSA

Habla el discípulo

1. Señor, mira cómo me acerco a ti para aprovechar tu don y regocijarme en este banquete sagrado que «en tu clemencia has preparado al pobre», oh Dios mío.

En ti se encuentra todo lo que puedo y debo desear: tú eres mi salvación, mi redención, mi esperanza y fortaleza, mi honra y mi gloria.

Señor Jesús, alegra este día el espíritu de tu servidor, pues he levantado mi alma hacia ti.

Deseo recibirte con piedad y respeto; anhelo por traerte a mi casa, para que merezca tu bendición como Zaqueo, y que me cuentes entre los hijos de Abraham.

Mi alma anhela por recibir tu Cuerpo; suspira mi corazón por unirse a ti.

2. Entrégate a mí, y con eso tengo; porque fuera de ti no hay consuelo que valga.

Sin ti no puedo existir, sin tus visitas no puedo vivir.

De modo que necesito acercarme a ti con frecuencia, recibiéndote como remedio saludable; no sea que desfallezca por el camino, si del celeste manjar me veo privado.

Tú, Jesús clementísimo, una vez dijiste, cuando predicabas a las multitudes y de varios males los curabas: «No quiero despacharlos en ayunas, no sea que se caigan desmayados por el camino».

Eso mismo haz conmigo este día, pues te has quedado en el sacramento para consolar a tus fieles.

Tú eres dulce manjar del alma; el que te come del modo que debe será heredero y partícipe de la eterna gloria.

Yo, que con tanta frecuencia resbalo y caigo en pecado; yo que tan pronto me entibio y desfallezco, necesito renovarme, purificarme y enardecerme con la frecuente oración, confesión y comunión sagrada de tu Cuerpo; no sea que abandone mi santo propósito, si me abstengo largo tiempo de comulgar.

3. El corazón humano desde la niñez se inclina hacia el mal; y si el remedio divino no viene en su ayuda, a cosas peores resbala después.

De manera que la sagrada comunión aparta del mal y confirma en el bien.

Si ahora que comulgo, o celebro, soy muchas veces tan descuidado y tan tibio, ¿qué sería si no hiciera uso de este remedio, si no me valiera de una ayuda tan grande? Aunque no esté capaz todos los días, ni bien dispuesto para celebrar, me esforzaré por recibir a su debido tiempo los misterios divinos, haciéndome partícipe de gracia tan grande.

Este es el mayor consuelo del alma fiel durante su ausencia de ti, relegada como está en este cuerpo

mortal: el frecuente recuerdo de su Dios, la devota recepción de su amado.

iMaravillosa condescendencia de tu misericordia respecto a nosotros cuando tú, Señor Dios, creador y vivificador de todos los espíritus, te dignas de venir a una pobreccilla alma con toda tu divinidad y toda tu humanidad!

iOh bienaventurada inteligencia, oh alma dichosa que merece recibir devotamente al Señor su Dios, llenándose de júbilo espiritual al recibirla!

iOh, qué Señor tan grande recibe, qué huésped tan querido aloja en su casa, qué compañero tan agradable acoge, a qué amigo tan fiel da abrigo, qué esposo tan gallardo y tan noble recibe en sus brazos, al más amable de los amados y de todo lo amable!

iDulcísimo amado mío, que el cielo, la tierra, y todo su ejército en tu presencia enmudezcan! Porque todo lo bello y maravilloso que en sí contienen, de tu larguezza lo tienen; y jamás llegarán a igualar tu infinita belleza, «tu infinita sabiduría».

Capítulo IV

MUCHOS BIENES RECIBEN LOS QUE DEVOTAMENTE COMULGAN

Habla el discípulo

1. Señor Dios, prepara a tu siervo con la dulzura de tus bendiciones, para que sea digno de acercarse devotamente a tu excelso sacramento.

Eleva mi corazón hacia ti; haz que sacuda esta pesada inercia. Visítame con tu salvación, para gustar de tu suavidad con mi espíritu, de esa dulzura que, aunque oculta, está aquí toda como en su fuente.

Alumbra también mis ojos para mirar misterio tan sublime; dame fuerzas para creerlo con fe libre de dudas.

Es acción tuya, no es potencia del hombre; es sagrada institución tuya, no es ningún invento humano.

No se halla a nadie que por sí sea capaz de entender, o tener una idea de estos misterios que trascienden la misma angélica agudeza.

Yo, pecador indigno, polvo y ceniza, ¿qué podré investigar y entender de misterio tan profundo y sagrado?

2. *Señor, me arrimo a ti lleno de esperanza y de*

respeto, con toda la sinceridad de mi corazón, con fe firme y sencilla, por orden tuya; yo creo sincera-mente que tú, Dios y hombre, estás presente aquí en el sacramento.

Quieres que te reciba y me una a ti por el amor.

Por lo cual suplico a tu clemencia, imploro que se me infunda gracia especial para derretirme todo en ti, rebosar de amor, y no volver a entrometerme en buscar consuelos exteriores ningunos.

Este sacramento sublime y santísimo es salud del alma y del cuerpo, es remedio de todo mal del espíritu: con él se curan los vicios, las pasiones se doman, las tentaciones son vencidas o debilitadas, se infunde mayor gracia, la incipiente virtud sigue creciendo, la fe se afirma, la esperanza se asegura, la caridad se enardece y se difunde.

3. Dios mío, protector de mi alma, robustecedor de la debilidad humana, repartidor de todo consuelo interior: icuántos bienes nos has concedido en este sacramento y sigues a menudo concediendo a esos amados tuyos que devotamente comulgan!

Derramas en su seno múltiples consuelos para endulzar sus muchas aflicciones; de lo profundo de su abatimiento los levantas haciéndolos esperar en tu protección; con gracia nueva robusteces sus co-razones y los iluminas: de modo que ellos, que an-tes de la comunión se sentían llenos de angustia y sequedad, después de alimentarse con esta comida y bebida celeste, sienten sus almas con cambio en mejor.

Esto haces con tus elegidos, por su bien; para que claramente conozcan y realmente experimenten, cuánta es su natural debilidad y cuánta bondad y gracia reciben de ti.

Ellos son naturalmente fríos, duros, indevotos; tú los haces fervientes, blandos, devotos.

¿habrá quien se arrime al manantial de dulzura que de allí no saque tantita?

¿Habrá quien se arrime a un gran fuego que no se caliente un poquito? ¡Si tú eres una fuente llena siempre y desbordante, eres fuego siempre ardiente, el mismo eternamente!

4. Por lo cual, si no se me permite sacar agua de la «plenitud de la fuente», ni beber hasta sentirme saciado, voy a poner la boca a un agujerito de ese celeste canal, para sorber siquiera una gotita que mitigue mi sed; no vaya a morir consumido por ella.

Aunque no pueda todavía estar todo en el cielo, ni tan inflamado en el amor como los querubines y los serafines, procuraré insistir en la devoción, disponiendo mi corazón a recibir una chispa siquiera de ese fuego divino, fruto de la humilde recepción de este sacramento vivífico.

¡Oh buen Jesús! ¡Oh Salvador santísimo! Suple benigna y graciosamente cualquier disposición que me falte; Tú que has tenido la condescendencia de llamarnos a todos cuando dijiste: «Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviare».

5. Yo vivo trabajando con el sudor de mi rostro, crueles dolores traspasan mi pecho, mis pecados me agobian, las tentaciones me agitan, muchas tiránicas pasiones me persiguen y me acosan, «sin haber quien me ayude», sin haber quien me libre, sin haber quien me salve: solamente tú, Señor Dios, Salvador mío. Te entrego mi persona y todo lo mío para que me guardes y a la vida eterna me conduzcas.

Dame acogida, para alabanza y gloria de tu nombre, tú que instituiste para mi comida y bebida este sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre.

«Concédemelo, Señor Dios, Salvador mío, que con la frecuente recepción de este misterio sienta más y más fervor».

Capítulo V

MAJESTAD DEL SACRAMENTO; DIGNIDAD SACERDOTAL

Habla el Amado

1. Aunque tuvieras angélica pureza con la santidad de Juan Bautista, no serías digno de recibir ni de tocar este Sacramento.

No se debe a ningún mérito humano que los

hombres consagren y manejen el sacramento de Cristo, y se alimenten del pan de los ángeles.

¡Gran ministerio, dignidad sublime de los sacerdotes! Se les otorga a ellos lo que no se concede a los ángeles.

Solamente los sacerdotes ordenados válidamente en la Iglesia tienen la potestad de celebrar y consagrarse el Cuerpo de Cristo.

Es cierto que el sacerdote es un ministro de Dios, que por su mandato pronuncia las palabras divinas; pero allí es Dios el agente principal, el ejecutor invisible; sí, Dios, a quien todo está sujeto, y a quien todas las cosas obedecen en todo lo que les mande.

2. Por tanto en este sacramento sublime debes creer a Dios omnipotente más que a tus sentidos o cualquier signo visible.

De manera que con temor y respeto a obra tan grande habrá que acercarse.

Fija la atención en ti mismo: mira tuyo es el ministerio que por manos del obispo se te ha encargado.

Mira que has sido ordenado sacerdote, has sido consagrado para celebrar. Ahora cuida de ofrecer a Dios el Sacrificio con fidelidad y piedad, a su debido tiempo, y de llevar vida irreproducible.

No creas que te aligeraste la carga: al contrario, quedas atado con más apretado vínculo de disciplina, quedas obligado a subir a más alto grado de perfección en la santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, dando a los otros ejemplo de vida virtuosa.

Su conducta no debe ser semejante a la común del pueblo; debe ser como la de los ángeles del cielo, o de los hombres perfectos en la tierra.

3. El sacerdote revestido de los ornamentos sagrados representa a Cristo, para elevar a Dios plegarias reverentes y humildes, tanto por sí mismo como por todo el pueblo.

Lleva la imagen de la cruz del Señor sobre el pecho y sobre las espaldas, para meditar continuamente la pasión de Cristo.

Lleva la cruz sobre el pecho, en la casulla, para mirar bien las huellas de Cristo, y con todo empeño procurar seguirlas.

Lleva la imagen de la cruz sobre la espalda para soportar mansamente por amor de Dios cualesquiera contrariedades que los otros le causen.

Lleva la cruz en el pecho para mirar sus pecados y llorarlos; la lleva en la espalda para llorar compasivo los pecados ajenos, y para recordar que ha sido nombrado medianero entre Dios y los hombres pecadores.

Y no debe entibiarse en la oración y oblación santa hasta obtener la gracia y la misericordia.

Cuando celebra el sacerdote, honra a Dios, llena de alegría a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, procura el descanso a los muertos, haciéndose partícipe de todos los bienes.

Capítulo VI

PREGUNTA EL DISCIPULO COMO DISPONERSE A COMULGAR

Habla el discípulo

1. Señor, cuando peso tu majestad, por una parte, y por otra mi vileza, me lleno todo de terror y confusión.

Porque, si no me arrimo, huyo de la vida; y si me pongo indignamente entre los que comulgan, incurro en tu cólera.

¿Qué haré, pues, Dios mío, tú que eres quien me ayuda y me aconseja en las necesidades?

2. Enséñame el camino derecho; propónme algún corto ejercicio a propósito para acercarse a comulgar.

Es provechoso saber con qué clase de devoción y respeto debo disponer mi corazón para recibir saludablemente tu sacramento, y para celebrar este sacrificio tan grande y tan divino.

Capítulo VII

EXAMEN DE CONCIENCIA; PROPOSITO DE ENMIENDA

Habla el Amado

1. El sacerdote de Dios debe acercarse a celebrar, manejar y recibir este sacramento, ante todo con suma humildad de corazón, con respeto profundo, con absoluta fe, con piadosa intención de honrar a Dios.

Examina cuidadosamente la conciencia, y en la medida de tus fuerzas ponla pura y transparente, por medio de la contrición sincera y de la humilde confesión; de manera que no tengas, o no te des cuenta de nada que te remuerda y te impida acercarte confiadamente.

Debes sentir aborrecimiento de todos tus pecados en general, doliéndote y llorando más particularmente las faltas de todos los días. Y si el tiempo lo permite, en el secreto de tu alma confíesale a Dios todas las miserias de tus pasiones.

2. Lamenta y llora ser todavía tan carnal y tan mundano, con pasiones tan rebeldes, tan agitado por el oleaje de la concupiscencia;

Tan sin guarda de los sentidos exteriores, tan a menudo conturbado de muchas y locas fantasías;

Tan exclusivamente inclinado a las cosas exteriores, y tan olvidado de las interiores;

Tan ligero para la risa y la disipación, y tan duro para el llanto y el dolor;

Tan pronto para seguir la relajación y comodidad de la carne, y tan flojo para el rigor y el fervor;

Tan curioso para oír noticias y mirar bellezas, y tan remiso para abrazar lo humilde y despreciable;

Tan desarreglado en las costumbres, tan importuno en las acciones;

Tan imprudente para hablar, tan sin dominio para callar;

Tan deseoso de tener mucho, tan tacaño para dar, tan miserable para gastar.

Tan voraz para comer, tan sordo a la palabra de Dios;

Tan rápido para ir a descansar, tan lento para ir a trabajar;

Tan despierto para oír cuentos, tan soñoliento para las vigilias santas;

Tan afanoso por acabar, tan distraído para atender;

Tan descuidado para rezar el oficio, tan tibio para celebrar, tan seco para comulgar;

Tan pronto distraído, tan rara vez bien recogido;

Tan repentinamente arrebatado de cólera, y tan fácil para disgustar a otros;

Tan inclinado a juzgar, tan áspero para reprender;

Tan alegre en la prosperidad, tan cobarde en la adversidad;

Tan frecuente proponedor de muchas cosas buenas, y tan poco cumplidor de cualquier cosa.

3. Luego que hayas confesado y deplorado estas faltas y otras con dolor y detestación de tu fragilidad, haz un propósito firme de perseverar en la enmienda de la vida y en el progreso en la virtud.

Enseguida ofrécte con total abandono y entera voluntad para honra de mi nombre sobre el altar del corazón en eterno holocausto, entregándome lealmente tu cuerpo y tu alma.

Para que de esa manera te acerques dignamente a celebrar el sacrificio divino de una manera digna, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo.

4. No hay sacrificio más digno, ni satisfacción más grande para la purificación de los pecados que el ofrecimiento puro y entero de sí mismo a Dios, hecho justamente con la oblación del cuerpo de Cristo en la misa y en la comunión.

Cuando el hombre hace lo que puede para arrepentirse con toda sinceridad, siempre que acude a mí para obtener el perdón y la misericordia, «vivo yo que no quiero que muera el pecador, sino que se convierta y viva»; porque no me acordaré más de sus pecados: todos se le perdonarán.

Capítulo VIII

SACRIFICIO DE CRISTO EN LA CRUZ; ABNEGACION DE SI MISMO

Habla el Amado

1. Así como yo me ofrecí espontáneamente a Dios Padre por tus pecados, con los brazos extendidos sobre la cruz, con el cuerpo desnudo, de modo que no quedó en mí nada que no fuera sacrificado para desagraviar a Dios.

Así también debes tú ofrecerte voluntariamente a mí como hostia pura y santa con toda la sinceridad posible, juntamente con todas tus virtudes y afectos, en la celebración diaria de la misa.

¿Qué cosa te exijo con más rigor que el esfuerzo por abandonarte enteramente a mí? No hago ningún caso de lo que me des fuera de ti, pues no busco tus dádivas, sino a ti mismo.

2. Así como no te bastaría tener todo sin mí, así tampoco me puede bastar lo que me des, si no te sacrificas a ti mismo también.

Ofrécte a mí; da todo por Dios, y será aceptado tu sacrificio.

Por ti me ofrecí todo a mi Padre; he dado también mi Cuerpo y mi Sangre de comida y bebida para ser yo todo tuyo, y tú permanecieras mío.

Pero si sigues perteneciendo a ti, y no te ofreces

voluntariamente a hacer mi voluntad, no será completa nuestra unión.

Por tanto, si quieres obtener la libertad y la gracia, deben ir todas tus obras precedidas del sacrificio voluntario de ti mismo en las manos de Dios.

Hay tan pocos iluminados y libres espiritualmente, porque hay pocos que practiquen la abnegación total de sí mismos.

Aquella sentencia mía dura para siempre: «Nadie podrá ser mi discípulo si no renuncia a todo lo que tiene». Si quieres ser, pues, discípulo mío, ofrécte a mí con todos tus afectos.

Capítulo IX

OFRECIMIENTO NUESTRO A DIOS CON TODO LO NUESTRO; ROGUEMOS POR TODOS

Habla el discípulo

1. Señor, todo lo que existe en el cielo y en la tierra es tuyo.

A pesar de ello, quiero ofrecerte voluntariamente a ti en sacrificio, permaneciendo tuyo eternamente.

Señor, con la sinceridad de mi corazón me

ofrezco a ti este día como esclavo eterno, para obedecerte y hacerte el sacrificio perpetuo de la alabanza.

Recíbeme con esta oblación santa de tu cuerpo que hoy presento en la presencia de los ángeles que invisibles asisten, para que sea salvación mía y de todo el pueblo.

2. Señor, aquí pongo sobre tu altar de propiciación todos mis pecados y faltas que a tu vista y a la de tus ángeles santos he cometido desde el día que empecé a pecar hasta este momento, para que los hagas arder todos juntos, los consumas con el fuego de tu amor, borrando todas las manchas de mis pecados, para que limpies mi conciencia de toda falta, para que me restituyas la gracia que pecando he perdido, concediéndome el perdón absoluto, dándome compasivo el ósculo de paz.

3. ¿Puedo hacer por mis pecados otra cosa que confesarlos humildemente, depollarlos, y pedir continuamente el perdón?

Te imploro que me escuches propicio aquí en tu santa presencia, Dios mío.

Mucho aborrezco mis pecados; no quiero volver a cometerlos; antes me duelo de ellos, y me doleré mientras viva. Estoy dispuesto a hacer penitencia y satisfacer por ellos en la medida de mis fuerzas.

Por tu santo nombre, perdóname todos mis pecados, Señor. Perdóname los, y salva esta alma que redimiste con tu sangre preciosa. Me atengo a tu misericordia, me entrego en tus manos.

Trátame conforme a tu bondad, y no conforme a mi malicia e iniquidad.

4. Te ofrezco también todo lo bueno que tengo, aunque bien poco e imperfecto, para que lo corrijas y santifiques, para que te agrade y lo hagas aceptable a ti, y hagas que constantemente mejore, llevando a este hombrecillo flojo e inútil a fin santo y bienaventurado.

Te ofrezco también todos los devotos deseos de las almas piadosas, las necesidades de mis padres, amigos, hermanos, hermanas; de todos aquellos que amo; y de aquellos que por tu amor me hayan hecho bien a mí o a otros.

También los deseos de aquellos que desearon y me pidieron que rezara por ellos y les aplicara misas, ya sea que vivan todavía en esta carne mortal, o que hayan terminado su carrera.

Para que todos sientan el auxilio de tu gracia, la fuerza de tu consuelo, la protección en los peligros, la liberación de sus penas; que libertados de todos sus males, felices te den magníficas gracias.

5. También te ofrezco oraciones y hostias de expiación, especialmente por aquellos que en algo me dañaron, contristaron, criticaron, o me hayan hecho algún perjuicio o molestia.

También por todos aquellos que yo haya alguna vez contristado, inquietado, apesado, o escandalizado con palabras o hechos, sin saberlo o a sabiendas, para que nos perdones igualmente nuestros pecados y ofensas mutuas a todos nosotros.

Arranca, Señor, de nuestros corazones toda suspicacia, indignación, cólera y espíritu de disputa: en fin, todo lo que pueda lastimar la caridad y enfriar el amor fraterno.

Compadécete, Señor, compadécete de los que piden tu misericordia, concede tu gracia a los necesitados de ella; haz que vivamos de tal manera que merezcamos gozar de tu gracia, caminando siempre hacia la vida eterna. Amén.

Capítulo X

NO SE DEBE DEJAR FACILMENTE LA COMUNIÓN

Habla el Amado

1. Debes acudir con frecuencia al manantial de la gracia y de la misericordia divina, a la fuente de toda bondad y pureza, para que sanes de tus pasiones y vicios, para que te fortalezcas más, y estés más alerta contra todas las tentaciones y lazos del diablo.

Sabiendo el enemigo que en la sagrada comunión se encuentra un remedio muy eficaz, y que de ella se saca muchísimo fruto, se empeña de todas maneras y aprovecha toda ocasión para apartar de

ella a los fieles, a los piadosos, impidiéndosela siempre que puede.

2. En efecto, las peores tentaciones de Satanás los asaltan a algunos cuando tratan de disponerse a comulgar.

El espíritu maligno se mete a veces entre los hijos de Dios, según se escribe en el libro de Job, para perturbarlos con su acostumbrada maldad, o llenarlos de timidez y angustia, para disminuir su fervor, quitarles la fe a fuerza de atacársela, a ver si acaso dejan la comunión, o al menos se arriman a ella ti- biamente.

Pero no debe hacerse ningún caso de sus artificios y fantasías, por obscenas y horribles que sean; al contrario, hay que recharzarle todos sus fantásticos delirios echándolos directamente sobre su cabeza. Hay que despreciar a ese infeliz, hay que hacer mofa de él; no debe omitirse la sagrada comunión por los ataques y perturbaciones que provoque.

3. A menudo impide la comunión cierta inquietud excesiva por tener devoción como se debe, y cierta ansiedad por la confesión que debe hacerse. Tú sigue el consejo de personas prudentes; sacúdete la angustia y el escrúpulo, porque estorban la gracia de Dios y quitan la devoción del espíritu.

No dejes la sagrada comunión por alguna pequeña turbación o molestia; anda pronto a confesarte y perdona de buen grado a los demás todas sus ofensas. Y si tú fuiste el que los ofendió, pídeles humildemente perdón, y Dios te perdonará con gusto.

4. ¿Qué aprovecha diferir mucho la confesión, o la sagrada comunión?

Púrgate cuanto antes, pronto vomita el veneno, a toda prisa toma el contraveneno; y te sentirás más contento que si largo tiempo tardaras.

Si hoy no comulgas por una razón, mañana podrá pasarte algo peor, y así podrás estar impedido para comulgar, haciéndote cada vez más incapaz.

Sacude lo más pronto posible esa pesadez, esa inercia; porque de nada sirve vivir largo tiempo en angustia, estar mucho tiempo intranquilo, apartándose de los sacramentos por impedimentos que ocurren todos los días.

Hasta es muy dañoso durar mucho sin comulgar: eso suele causar grave letargo del espíritu.

¡Ay dolor! Se encuentra gente tibia y relajada a quien le gusta tardar en confesarse, deseando diferir la comunión para no verse obligados a guardarse más.

5. ¡Ay, qué poco amor, qué devoción tan fría deben de tener esos que tan fácilmente dejan la sagrada comunión!

¡Qué dichoso aquel, y qué agradable a Dios, que de tal modo vive, y tan pura guarda su conciencia, que estuviera dispuesto todos los días a comulgar, y bien dispuesto estuviera, si fuera lícito hacerlo, y en nota de singularidad no incurriera!

Debe elogiarse el respeto de uno que de cuando en cuando se abstenga por humildad, u otra causa legítima.

Pero si lo ha invadido la tibiaza, debe sacudirla y hacer lo que pueda, y Dios vendrá en ayuda de su buena voluntad; porque Dios presta especial atención a la buena voluntad.

6. Pero si uno está impedido legítimamente, podrá tener siempre buena voluntad y piadosa intención de comulgar, y así no se verá privado del fruto de este sacramento.

Efectivamente, cualquiera persona devota puede recibir todos los días y a cualquiera hora la comunión espiritual de Cristo, de una manera saludable, sin que nadie pueda impedírselo.

Sin embargo, en ciertos días, en tiempos determinados, debe recibir el Cuerpo de su Redentor con amor respetuoso, pretendiendo más la gloria y honra de Dios que su propio y personal consuelo.

Tantas veces comulga místicamente, y espiritualmente se alimenta, una persona devota, cuantas medita piadosamente el misterio de la encarnación y la pasión de Cristo, inflamándose en su amor.

7. El que no se prepara sino al llegar una festividad, o por alguna costumbre, lo más no estará preparado.

¡Bienaventurado aquel que se ofrece a Dios en holocausto siempre que celebra o comulga! Cuando celebres la misa, no seas demasiado largo, ni demasiado corto: observa el término medio común entre aquellos con quienes vives. No debes causar molestia o fastidio a nadie; sino más bien seguir por el camino trillado conforme a la institución de nuestros

mayores, atendiendo más a la utilidad del prójimo que a tu devoción o deseo personal.

Capítulo XI

LA ESCRITURA Y EL CUERPO DE CRISTO SON MUY NECESARIOS AL ALMA FIEL

Habla el discípulo

1. ¡Oh, dulcísimo Señor Jesús! ¡Cuánta dulzura siente un alma piadosa que en tu banquete come contigo; en ese banquete donde no se sirve otro manjar que tú, su único amado, a quien desea con más ardor que ninguna otra cosa que pudiera su corazón desechar!

¡Feliz fuera yo, si en tu presencia me brotaran lágrimas del corazón, y como la arrepentida Magdalena, bañara tus pies con mi llanto!

Pero, ¿dónde está esa devoción? ¿Dónde está ese abundante brotar de lágrimas santas?

Ciertamente, en tu presencia y en la de los ángeles santos, todo mi corazón debiera inflamarse, y llorar de gozo.

Pues en este sacramento estás realmente presente a mí, si bien oculto bajo las apariencias de otras cosas.

Mis ojos no podrían contemplarte con esa reful-
gencia de tu esplendor propio y divino, ni el mun-
do entero resistiera el deslumbrante fulgor de tu
majestad.

Ocultándote en el sacramento guardas mira-
miento a mi debilidad.

A quien adoran los ángeles en el cielo, a ése lo
poseo realmente y lo adoro. Sólo que yo todavía
cubierto con el velo de la fe, mientras que ellos lo
ven como es, sin velo ninguno.

Es preciso que yo me contente con la luz de la
fe, caminando guiado por ella, mientras no raye el
día de la eterna claridad, haciendo desaparecer las
sombras de todas las figuras.

Mas, cuando llegue lo perfecto, dejarán de usar-
se los sacramentos, porque los bienaventurados en
la gloria celeste ya no necesitan remedio ninguno
de sacramentos.

Efectivamente, los bienaventurados gozan eter-
namente en la presencia de Dios, contemplando al
descubierto su gloria; pues pasando de esta tenue
claridad de la fe a aquella claridad transparentísima
del abismo divino, transfigurados por ella gozan al
Verbo de Dios encarnado, como ha sido desde la
eternidad, y seguirá siendo eternamente.

2. Cuando en tales maravillas medito, los mis-
mos espirituales consuelos me causan mucho fasti-
dio; pues mientras no mire a mi Señor descubierto
en su gloria, en nada tengo cuanto veo u oigo en el
mundo.

Dios mío, tú eres mi testigo de que ninguna cosa puede saciar mis anhelos, de que ninguna criatura puede darme consuelo; solamente tú, Dios mío, a quien deseo contemplar por toda la eternidad.

Mas eso no se puede, mientras yo viva en este cuerpo mortal.

Por eso necesito tener gran paciencia y someterme a ti en todo deseo.

En efecto, Señor, los santos que ya están gozando contigo en el reino de los cielos, durante su vida tuvieron que esperar con fe y mucha paciencia que tu gloria llegara. Creo lo que creyeron, espero lo que esperaron, por tu gracia tengo confianza de llegar a donde ellos llegaron.

Entretanto, caminaré alumbrado por la fe, animado por los ejemplos de los santos. También poseo los libros sagrados que para mí son consuelo y espejo de vida. Pero sobre todo, tengo tu cuerpo sacrosanto, el cual me sirve de único remedio y refugio.

Yo siento agudamente la necesidad de dos cosas en esta vida, sin las cuales no podría soportar sus desdichas. Encerrado en la oscura cárcel de este cuerpo, declaro faltarme dos cosas: alimento y luz.

Por esa razón diste al débil de mí, tu cuerpo sacrosanto para que sustentara mi alma y mi cuerpo; y «pusiste la lámpara de tu palabra para que alumbrara mis pasos».

Sin esas dos cosas no podría sin duda vivir; porque tu palabra es luz de mi alma, tu sacramento es pan de mi vida.

Podríamos decir que esas dos cosas son como dos mesas puestas a uno y otro lado en la tesorería de la Santa Iglesia. La una de estas mesas es la del altar santo, donde está el pan santo, el cuerpo precioso de Cristo. La otra mesa es la de la ley divina, la cual contiene la doctrina santa que enseña la recta fe, conduciendo con toda seguridad hasta la parte que está cubierta por el velo, hasta el Santo de los Santos.

Gracias te damos, Señor Jesús, rayo de la luz eterna, por habernos servido la mesa de la doctrina sagrada por tus siervos los profetas, apóstoles y demás maestros.

Gracias te damos, Creador y Redentor del género humano, porque a fin de manifestar tu amor a todo el mundo has preparado esta gran Cena, en la cual ya no se sirve aquel cordero, figura del futuro, sino tu propio Cuerpo y Sangre santísima, llenando de gozo a todos los fieles en este banquete sagrado, embriagándolos con el cáliz de salvación: banquete en que están todas las delicias del paraíso, y al cual asisten los ángeles santos, no más que ellos gozando de más dulce placer.

¡Oh, qué grande y honorable es el ministerio de los sacerdotes, a quienes se ha encomendado consagrarse al Señor de la majestad por medio de las palabras sagradas, bendecirlo con sus labios, manejarlo, recibirlo en su boca, y administrarlo a los demás!

¡Qué limpias deben estar esas manos, qué pureza debe tener esa boca, qué castidad ese cuerpo,

qué inmaculado no debe ser el corazón del sacerdote en quien tantas veces entra el autor mismo de la pureza!

iDe los labios del sacerdote sólo debieran salir palabras santas, sólo palabras honestas y útiles, pues tantas veces el sacramento de Cristo recibe!

3. iSin malicia y llenos de pudor deben ser esos ojos que al Cuerpo de cristo suelen mirar! iPuras y hacia el cielo levantadas deben estar esas manos que al creador del cielo y de la tierra suelen manejár!

En la ley se recomienda particularmente a los sacerdotes: «*sed santos, pues soy santo yo, vuestro Dios y Señor*».

«Oh Dios omnipotente, que tu gracia nos ayude a los que hemos recibido el ministerio sacerdotal, para que lo desempeñemos con dignidad y piedad, con toda pureza y rectitud de conciencia».

«Y si no podemos vivir con la inocencia de costumbres que de nosotros se exige, concédenos que al menos lloremos debidamente nuestras culpas, y que con espíritu de humildad y firme propósito te sirvamos con más fervor de aquí en adelante».

Capítulo XII

DEBE PREPARARSE CON MUCHO CUIDADO EL QUE VA A RECIBIR A CRISTO EN LA COMUNIÓN

Habla el Amado

1. Yo soy el amante de la pureza, el que da toda santidad.

Quiero corazones puros; allí es el lugar de mi reposo.

«Prepárame un cenáculo grande, amueblado», y allí celebraré la Pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga a tu casa y me quede contigo, límpiate de la levadura vieja, asea la morada de tu corazón.

Allá fuera deja todo el mundo, toda la chusma de tus vicios. «Siéntate como el pájaro solitario sobre el techo», a meditar en tus faltas con amargo sentimiento del alma.

Todo amante prepara el mejor lugar a su amado, el lugar más bello, pues en eso se conoce el amor del amante que recibe a su amado.

2. No olvides que tú no puedes con los méritos de tus obras bastar a dicha preparación; y eso aunque un año entero te prepararas sin tener otra cosa que hacer.

Por pura lástima y favor mío se te concede arri-

marte a mi mesa; así como si un rico convidara a un limosnero a su mesa, y ese limosnero no pudiera pagarle de otro modo que con humillación y agradecimiento.

Haz lo que puedas, y hazlo con empeño. No lo hagas por costumbre o necesidad. Con temor, respeto y amor recibe el cuerpo de tu amado Señor y Dios que bondadosamente viene a ti. Yo te llamé, yo mandé que así se hiciera, yo supliré lo que te falte; tú ven a recibirme.

3. Cuando te dé la gracia del fervor, da gracias a Dios, no por haberla merecido tú, sino por haberse apiadado de ti.

Cuando no la tengas, sino que te sientas reseco, insiste en la oración, gime y sigue tocando a la puerta; no dejes de hacerlo hasta que no recibas siquiera una migaja, una gotita de la gracia salvadora. Tú necesitas de mí; yo no necesito de ti.

Tú no vienes a santificarme a mí; yo sí vengo a santificarte a ti, a hacerte más bueno.

Tú vienes a santificarte con mi contacto, a unirte a mí, para recibir una gracia nueva, e inflamarte nuevamente en deseos de corregirte.

No descuides esta gracia; prepara tu corazón con todo cuidado, y haz entrar a tu amado.

Pero no sólo necesitas prepararte a comulgar devotamente; debes también conservarte cuidadosamente en la devoción después que recibas el sacramento. No se exige menor guarda después, que ferviente preparación antes. La buena guarda después

de comulgar es por su parte, una buena preparación para recibir gracia mayor.

Cuando uno se derrama inmediatamente al exterior en busca de consuelos, eso mismo lo indisponen mucho para la gracia.

Guárdate de hablar mucho; permanece retirado gozando de tu Dios; porque tienes a uno que el mundo entero será impotente para quitarte.

Entrégate por completo a aquel a quien debes; de manera que ya no vivas en ti sino en mí, libre de toda inquietud.

Capítulo XIII

EL ALMA DEVOTA DEBE DESEAR CON TODO EL CORAZON LA UNION CON CRISTO EN EL SACRAMENTO

Habla el discípulo

1. Señor, ¿quién me concederá hallarte solo, para abrirte de par en par mi corazón, y gozar de ti conforme el anhelo de mi alma; que ya nadie me desprecie, ni criatura alguna me mueva, o me mire; sino que tú solo me hables a mí, y yo a ti, del mismo modo que suelen platicar los amantes, como suelen juntarse los amigos a comer?

Mi petición y mi anhelo es unirme enteramente a ti; apartar mi corazón de todas las criaturas; aprender mejor a saborear las cosas celestiales y eternas, por medio de la comunión y de la frecuente celebración.

¡Oh, señor Dios! ¿Cuándo estaré totalmente unido a ti, absorto en ti, enteramente olvidado de mí? Tú en mí, yo en ti; concédeme que permanezcamos unidos así.

2. Realmente «eres mi amado escogido entre miles», con el cual ha querido mi alma vivir durante todos los días de su vida.

Tú eres verdaderamente quien me pone en paz: en ti están la suma paz y el descanso verdadero; fuera de ti no hay más que fatiga, dolor, infinita miseria.

En verdad, tú eres el Dios escondido; tu consejo no es con impíos; tu plática es con humildes y sencillos.

Señor, iqué dulce es tu espíritu! Pues para demostrar tu bondad a tus hijos te dignas de nutrirlos con el pan sabrosísimo bajado del cielo.

«De veras que no hay nación tan grande que tenga tan cerca a sus dioses» como tú, Dios nuestro, lo estás a todos los fieles.

Tú te les entregas para que te coman y te gocen, a fin de consolarlos todos los días y elevar sus corazones hacia el cielo.

3. ¿Hay pueblo tan ínclito como el pueblo cristiano? ¿Hay criatura tan amada bajo el cielo, como

el alma devota, en la cual entra su Dios para alimentarla con su cuerpo glorioso?

¡Oh gracia inefable! ¡Oh condescendencia admirable! ¡Oh amor infinito mostrado especialmente a los hombres!

¿Cómo le pagaré al Señor este favor, este amor tan eximio?

Lo más agradable a mi Dios que puedo yo hacer, es darle todo mi corazón, uniéndome íntimamente a él.

Cuando mi alma esté unida perfectamente con Dios se estremecerán de júbilo todas mis entrañas. me dirá entonces: quiero estar contigo, si tú quieres estar conmigo. Yo le responderé: ten la bondad de permanecer conmigo, que yo gustoso quiero estar contigo. Este es todo mi anhelo: que mi corazón esté enteramente unido a ti.

Capítulo XIV

COMO CIERTOS DEVOTOS ANHELAN FERVENTISIMAMENTE POR RECIBIR EL CUERPO DE CRISTO

Habla el discípulo

1. ¡Oh Señor! «¡Qué grande es la abundancia de

esa dulzura tuya que para aquellos que te temen
tienes oculta!»

Cuando me acuerdo de ciertos devotos que se acercaban a tu sacramento con devoción grandísima, con ferviente amor, siento confusión íntima, siento vergüenza de acercarme a tu altar, a la mesa de tu sagrada comunión, con tanta tibieza y hasta frialdad.

De quedarme tan reseco e insensible, de no abrasarme todo en tu presencia, Dios mío; de no sentir esa vehemente atracción, ese amor que sentían tantos devotos que por el vivísimo deseo de comulgar y el amor sensible que los abrasa no podían contener el llanto.

Sino que con la boca del corazón y con la boca del cuerpo, ansiaban por recibirte, oh fuente de vida, desde la médula misma de sus almas, sin poder mitigar ni saciar aquella hambre devoradora hasta no recibir tu cuerpo con ardiente fervor y espiritual avidez.

2. ¡Oh verdadera, oh ardiente fe la suya, la cual es un argumento probable de tu presencia sagrada! Porque esos devotos, cuyo corazón les arde tan vivamente en el pecho cuando anda Jesús con ellos, lo reconocen efectivamente al partir el pan.

¡Qué lejos estoy muchas veces de tan ardiente deseo y devoción, de ese amor y fuego tan abrasador!

Jesús bueno, dulce, benigno: apiádate de mí, concede a este pobre mendigo que al menos de tar-

de en tarde sienta un poquito de íntimo amor a ti al recibir la comunión, para que mi fe se afirme, mi esperanza en tu bondad se afiance más, y mi caridad, una vez inflamada, una vez probado el celeste manjar, jamás se acabe.

3. Tu misericordia es poderosa para concederme gracia tan deseada, visitándome con gran bondad, dándome espíritu de ardiente amor al llegar el día que te plazca.

Pero, aunque no tenga los ardientes deseos de esos privilegiados devotos tuyos, por tu gracia tengo el deseo de sentir tan inflamados deseos, pidiendo y deseando hacerme partícipe de esos fervorosos amigos tuyos, y de ser contado en su santo número.

Capítulo XV

LA GRACIA DE LA DEVOCION SE ALCANZA CON LA HUMILDAD Y LA ABNEGACION

Habla el Amado

1. Debes procurar insistentemente alcanzar la gracia de la devoción, pedirla animado de vivos deseos, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, conservarla con humildad, cooperar activamente con ella, dejando a Dios el tiempo y el modo de la visita celeste, hasta que llegue.

Debes humillarte, especialmente cuando sientas poca devoción espiritual o ninguna; pero sin abatirte demasiado, ni entristercete tanto.

Muchas veces concede Dios en un momento lo que durante largo tiempo había rehusado; y a veces otorga al fin de la oración lo que al principio no había querido.

El hombre frágil no llevaría bien que la gracia se le diera siempre pronto, que viniera cuando él quisiera.

Por esa causa, hay que esperar la gracia con firme esperanza y humilde paciencia. Echate la culpa, a ti y a tus pecados, de que no se te de, o de que se te quite sin saber por qué.

A veces es una cosa ligera lo que impide recibir la gracia, o priva de ella; si es que se puede llamar ligero y no más bien grave lo que impide recibir un bien tan grande.

Alcanzarás lo que quieras cuando quites y destruvas totalmente ese impedimento, sea el que fuere.

2. Tan pronto como te abandones a Dios con toda el alma, sin buscar esto o aquello conforme a tu deseo y tu querer; tan pronto como te entregues a él, te encontrarás unido a él y en paz; porque nada te gustará ni agradará tanto como el beneplácito de la voluntad divina.

Por tanto, el que eleve hacia arriba su intención con un corazón sincero, el que la eleve hacia Dios y desocupe su corazón del amor desordenado o de la

aversión a cualquier cosa creada, se hará capacísimo de recibir la gracia, se hará digno del don del fervor. Porque cuando Dios encuentra vacíos los vasos los llena de bendiciones.

Y cuanto más perfecta sea la renuncia a estas cosas bajísimas, y cuanto más grande sea el desprecio que se tiene uno a sí mismo, con tanta mayor prontitud viene la gracia, con tanta abundancia se infunde y al corazón libre a tanta mayor altura lo sube.

Entonces mirará, entonces nadará en la abundancia; se admirará, se le dilatará el corazón: porque la mano de Dios está en él, y él se abandonó totalmente en sus brazos.

Esa será la bendición del hombre que busca a Dios con toda el alma, «del que no ha recibido su alma inútilmente». Ese hombre merece la magnífica gracia de la unión divina cuando recibe la Eucaristía; porque no mira su devoción y consuelo, sino a la honra y gloria de Dios más que a toda devoción y a todo consuelo.

Capítulo XVI

DESCUBRAMOS NUESTRAS NECESIDADES A CRISTO Y PIDAMOSLE SU GRACIA

Habla el discípulo

1. ¡Dulcísimo y amabilísimo Señor, a quien de-

seo recibir devotamente ahora mismo! Tú conoces bien mi debilidad, y la necesidad que padezco; tú sabes en cuántos pecados y vicios estoy sumergido, y cuan a menudo me veo molestado, tentado, turbado, manchado.

Vengo a pedirte el remedio; vengo a implorar tu ayuda y consuelo.

Estoy hablando con quien sabe todas las cosas, con uno para quien están en plena luz todos los escondrijos de mi alma; estoy hablando contigo que eres el único que puede darme consuelo y ayuda eficaz.

Tú sabes cuáles son los bienes que más necesito, y qué pobre estoy de virtudes.

2. Estoy aquí en tu presencia pobre y desnudo, pidiéndote gracia, implorando tu misericordia.

Da de comer a este limosnero muerto de hambre; inflama mi frialdad en el fuego de tu amor; alumbra mi corazón con la luz de tu presencia.

Haz que todas las cosas terrenales me sepan amargas, que sufra con paciencia todas las cosas molestas y adversas, que desprecie y olvide todo lo bajísimo, todo lo creado.

Eleva mi corazón hacia el cielo, hacia ti; no me dejes andar errante sobre la tierra.

Que desde ahora y para siempre solamente tú me sepas dulce; porque tú solo eres mi comida y mi bebida, mi amor y mi gozo, mi felicidad y todo mi bien.

3. ¡Ojalá que con tu presencia me inflames to-

talmente me consumas, me transformes en ti; de modo que me convierta en un solo ser espiritual contigo, por virtud de la gracia de la unión íntima, de ese derretimiento hecho por el fuego intensísimo del amor!

No toleres que me retire de tu presencia en ayunas y reseco; haz conmigo esas obras misericordiosas que maravillosamente has hecho con tus santos.

¿Sería extraño que a tu contacto me pusiera todo incandescente, y dejara de ser yo mismo, siendo tú un fuego siempre ardiente que nunca se extingue, un amor que purifica los corazones y alumbra las inteligencias?

Capítulo XVII

ARDIENTE AMOR, DESEO VEHEMENTE DE RECIBIR A CRISTO

Habla el discípulo

1. Señor, deseo recibirte con suma devoción y ardiente amor, con todo el afecto y fervor del alma, del mismo modo que desearon recibirte en la Eucaristía tantos devotos y personas santas que te agradaron muchísimo con su santa vida y tuvieron devoción ardentísima.

iDios mío, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! Anhelo por recibirte con un deseo tan vehemente y un respeto tan profundo como ningún santo haya jamás sentido ni podido sentir.

2. Aunque sea yo indigno de experimentar todos esos sentimientos devotos, a pesar de ello te ofrezco todo el amor de mi alma, como si yo solo tuviera todos esos gratísimo, ardientes deseos.

No sólo, sino que te presento y ofrezco con sumo respeto, con íntimo fervor, todo lo que un alma piadosa pueda concebir y desear.

No quiero reservar nada para mí; lo que quiero es inmolarme a mí mismo y todo lo mío, voluntariamente, con todo agrado.

Señor Dios mío, Creador y Redentor mío, deseo recibirte hoy con tal afecto y respeto, con tales alabanzas, con tal honor, con tal gratitud, santidad y amor, con tal fe, esperanza y pureza, como te deseó recibir y te recibió tu madre santísima la gloriosa Virgen María, cuando respondió humilde y piadosamente al ángel que le daba la buena nueva del misterio de la encarnación: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí lo que dijiste».

3. Y así como tu bienaventurado precursor, el más excelso de los santos, Juan bautista, con la alegría del Espíritu Santo, saltó en tu presencia estando aún en el seno materno; y cuando años después, al verte pasar por entre la gente, dijo con gran humildad, con amor ardiente: «El amigo del esposo que está con él y escucha su voz se alegra de oírlo

hablar», de la misma manera deseo arder yo en grandes y santos deseos, y ofrecerme a ti con toda mi alma.

Por lo cual, te ofrezco y te presento los extremos de júbilo de todos los corazones piadosos, su ardiente amor, sus éxtasis y revelaciones, sus visiones celestiales, juntamente con todas las virtudes y alabanzas celebradas y por celebrarse por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Te las ofrezco por mí y por todos los que se han encomendado a mis oraciones, para que todos te alaben dignamente y te glorifiquen.

Recibeme, señor Dios mío, mis votos y mis deseos de alabarte y bendecirte infinita e inmensamente: eso se te debe de justicia por causa de tu inefable grandeza.

Quiero alabarte y bendecirte; y lo hago cada día y cada instante de tiempo. Convido, y suplico a todos los espíritus celestes y a todos los fieles que me ayuden a darte gracias y a bendecirte juntamente conmigo.

4. Que todos los pueblos, tribus y lenguas te alaben; que glorifiquen tu santo y dulce nombre con alegría suma e inflamado amor.

Y que todos aquellos que celebren con respeto y piedad, y con plena fe reciban este augustó sacramento, merezcan hallar gracia a tus ojos, y misericordia, y que rueguen humildemente por mí, pecador.

Finalmente, que cuando estén gozando de la de-

vocación que deseaban, y de la beatífica unión, al retirarse de la mesa sagrada, de la meda celeste, todos llenos de consuelo, y maravillosamente saciados, tengan la bondad de acordarse del pobre de mí.

Capítulo XVIII

NO EXAMINAR CURIOSAMENTE EL SACRAMENTO; SER IMITADOR HUMILDE DE CRISTO, SOMETIENDO LOS SENTIDOS A LA FE

Habla el Amado

1. Si no quieres perderte en un abismo de dudas, debes evitar la investigación curiosa e inútil de este sacramento sublime.

«A quien examina la majestad, la gloria lo ciega». Dios puede hacer más de lo que el hombre puede entender.

Se permite una piadosa y humilde investigación de la verdad, dispuesta siempre a obedecer y seguir enseñanzas conformes a las sanas opiniones de los Padres.

2. ¡Bienaventurada sencillez que no se mete por las escabrosas veredas de las cuestiones teológicas, sino que camina por el llano y seguro camino de los mandamientos de Dios!

Muchos han perdido la piedad por investigar honduras.

De ti se pide fe y vida buena, no alteza de inteligencia, ni conocimiento de los abismales misterios de Dios.

Si no entiendes, ni te formas idea de lo más bajo que tú, ¿entenderás lo más alto?

Sujétate a Dios, doblega tus sentidos a la fe. Ya verás cómo se te da la ciencia necesaria y útil para alumbrarte.

3. Algunos son tentados fuertemente contra la fe en este sacramento; pero el enemigo tiene la culpa más bien que ellos.

No te alarmes, no te metas a discutir contra tales pensamientos, no respondas a las objeciones que te ponga el diablo. Cree en las palabras de Dios, créelas a los santos y a los profetas, y el maligno enemigo huirá de ti.

El siervo de Dios a menudo saca mucho provecho de soportar tales tentaciones.

El diablo no tienta a los infieles, a los esclavos del pecado, por tenerlos ya seguros. En cambio, a los fieles y piadosos sí los tienta y molesta de varias maneras.

4. Anda, pues, con fe, sencillez y sin dudas. Arrímate al sacramento con profundo respeto.

Deja en las seguras manos de Dios omnipoente aquello que no puedas entender.

Dios no engaña. Se engaña el que confía demasiado en sí mismo.

Dios anda con los sencillos, se descubre a los humildes, da inteligencia a los niños, abre los sentidos a las almas puras; pero oculta su gracia a los curiosos y orgullosos.

La razón humana es débil, y en consecuencia puede caer en engaño; la verdadera fe, no puede caer en error.

5. Toda razón, toda investigación racional, debe seguir a la fe, no precederla ni atacarla.

La fe y el amor descuellan principalmente en este sacramento santísimo y soberanamente exelso; allí obran de misteriosa manera.

Dios, inmenso y eterno, infinitamente poderoso, hace cosas grandes e inescrutables en el cielo y en la tierra; sus maravillosas obras no se pueden investigar.

Si las obras de Dios fueran de tal manera que la razón humana las comprendiera fácilmente, ni serían admirables, ni habría por qué llamarlas inefables.

INDICE

LIBRO I

CONSEJOS QUE SIRVEN PARA LLEVAR VIDA ESPIRITUAL

I Imitación de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo	3
II Poca estima de uno mismo	5
III Enseñanza de la verdad	7
IV Prudencia en las acciones	11
V Lectura de la Biblia	12
VI Afectos desordenados	13
VII Contra el orgullo y sus vanas es- peranzas	14
VIII Evitemos la familiaridad excesiva	15
IX Obediencia y sujeción	15
X No hablemos demasiado	18
XI Cómo se alcanza la paz, y del celo por adelantar	19
XII La adversidad es útil	21
XIII Resistencia a las tentaciones	23

XIV	No juzguemos temerariamente	26
XV	Obras hechas por caridad	28
XVI	Suframos los defectos ajenos	29
XVII	La vida religiosa	31
XVIII	Ejemplo de los santos Padres	32
XIX	Ejercicios del ben religioso	35
XX	Amor a la soledad y al silencio	38
XXI	Compunción del corazón	42
XXII	La misería humana	45
XXIII	Reflexiones acerca dela muerte ..	48
XXIV	Juicio y suplicio de los pecadores .	52
XXV	Fervorosa enmienda de toda nues- tra vida	57

LIBRO II

CONSEJOS QUE INDUCEN A LA VIDA INTERIOR

I	Vida interior	63
II	Humilde sumisión	67
III	Hombre bueno y apacible	68
IV	Pureza de alma y recta intención .	70
V	Reflexión sobre uno mismo	72
VI	Alegría de la buena conciencia . .	74
VII	Amor de Jesús sobre todas las co- sas	76
VIII	Amistad íntima de Jesús	78
IX	Desolación total del alma	81

X Agradecimiento por la gracia de Dios	84
XI Pocos aman la cruz de Cristo	87
XII Camino real de la santa cruz	89

LIBRO III

CONSOLACION ESPIRITUAL

I Cristo le habla por dentro al alma fiel	97
II La verdad habla dentro sin pala bras	98
III Escuchemos humildemente las palabras de Dios que muchos no ponderan	100
IV Vivamos en la presencia de Dios guiados por la verdad y por la humildad	103
V Efectos maravillosos del amor di- vino	106
VI Prueba del amante legítimo	109
VII Escóndase la gracia bajo la guarda de la humildad	112
VIII Baja estima de uno mismo ante Dios	115
IX Todo debe enderezarse a Dios Fin último	117

X Dicha de servir a Dios desdeñando al mundo	118
XI Examen y gobierno de nuestros deseos	121
XII Adquirir la paciencia y luchar contra las pasiones	122
XIII El humilde súbdito debe obedecer como Cristo	124
XIV Consideremos los ocultos juicios de Dios para no envanecernos de nuestras virtudes	126
XV Cómo debemos portarnos y decir cuando deseamos una cosa	128
XVI Sólo en Dios debe buscarse el verdadero consuelo	130
XVII Encomendemos todos nuestros cuidados a Dios	132
XVIII Siguiendo a Cristo, debemos sufrir con paciencia los males de esta vida	133
XIX Sufriendo de miserias; prueba de verdadera paciencia	135
XX Confesión de nuestra debilidad; miserias de la vida	137
XXI El descanso debe buscarse en Dios más que en todo	139
XXII Recuerdo de los infinitos beneficios de Dios	143
XXIII Cuatro cosas que producen mucha paz	145

XXIV	No investiguemos curiosamente vidas ajenas	148
XXV	En qué consiste la paz estable del corazón y el adelanto verdadero .	149
XXVI	Excelencia de un alma libre, gana- da más bien por la humilde ora- ción que por la lectura	151
XXVII	El amor propio entorpece grande- mente la consecución del sumo bien	153
XXVIII	Contra las malas lenguas	156
XXIX	Cómo debemos invocar y bendecir a Dios al arreciar la aflicción . . .	157
XXX	Pedir la ayuda de Dios y tener confianza de recuperar la gracia .	158
XXXI	Desprecio de todas las criaturas para encontrar al Creador	161
XXXII	Renunciar a sí mismo y despojar- se de toda codicia	164
XXXIII	Inconstancia del corazón; Dios es la intención final del hombre . . .	166
XXXIV	Al que ama a Dios, Dios le place en todo y sobre todo	167
XXXV	En esta vida nadie puede estar se- guro contra tentaciones	170
XXXVI	Contra los vanos juicios de los hombres	172
XXXVII	La libertad del corazón se obtiene con la abnegación pura entera de sí mismo	174

XXXVIII	Buen gobierno de los actos externos, y recurso a Dios en los peligros	175
XXXIX	Evitemos importunidad en los negocios	177
XL	El hombre no tiene de por sí nada bueno, ni puede envanecerse de nada	178
XLI	Desprecio de todos los hombres del mundo	180
XLII	Nuestra paz no debe depender de los hombres	181
XLIII	Contra la vana ciencia humana .	183
XLIV	No atraigamos a nosotros las cosas exteriores	185
XLV	No se debe creer a todos, porque es fácil caer al hablar	186
XLVI	Confianza en Dios cuando nos critican	189
XLVII	Todo lo pesado debe aguantarse por la vida eterna	192
XLVIII	Eternidad feliz, vida miserable .	194
XLIX	Anhelo por la vida eterna; premio prometido a los luchadores	198
L	Los tristes deben ponerse en manos de Dios	202
LI	Hacer cosas humildes cuando no se pueden hacer grandes	206
LII	Juzguémonos dignos de azotes y no de consuelos	207

LIII Que la gracia de Dios no se da a gente carnal	209
LIV Diversas inclinaciones de la naturaleza y de la gracia	211
LV Corrupción de la naturaleza; fuerza de la gracia	216
LVI Renunciémonos e imitemos a Cristo con la Cruz	220
LVII No desalentarse demasiado al caer en faltas	222
LVIII No investigar cosas profundas, ni juicios secretos de Dios	224
LIX Poner en Dios toda esperanza y confianza	229

LIBRO IV

SACRAMENTO DEL ALTAR, AMABLE INVITACION A COMULGAR

I Con sumo respeto debe recibirse a Cristo	233
II En la Eucaristía se encuentra la gran bondad y caridad de Dios	239
III La comunión frecuente es provechosa	243
IV Muchos bienes reciben los que devotamente comulgan	246

V	Majestad del Sacramento; dignidad sacerdotal	249
VI	Pregunta el discípulo cómo disponerse a comulgar	252
VII	Examen de conciencia; propósito de enmienda	253
VIII	Sacrificio de Cristo en la cruz; abnegación de sí mismo	256
IX	Ofrecimiento nuestro a Dios con todo lo nuestro; roguemos por todos	257
X	No se debe dejar fácilmente la comunión	260
XI	La escritura y el cuerpo de Cristo son muy necesarios al alma fiel .	264
XII	Debe prepararse con mucho cuidado el que va a recibir a Cristo en la comunión	269
XIII	El alma devota debe desear con todo el corazón la unión con Cristo en el sacramento	271
XIV	Cómo ciertos devotos anhelan ferventísicamente por recibir el cuerpo de Cristo	273
XV	La gracia de la devoción se alcanza con la humildad y la abnegación	275
XVI	Descubramos nuestras necesidades a Cristo y pidámosle su gracia . . .	277

XVII	Ardiente amor, deseo vehemente de recibir a Cristo	279
XVIII	No examinar curiosamente el sacramento; ser imitador humil- de de Cristo sometiendo los sentidos a la fe	282